

LA CUESTIÓN SOCIAL

1

AÑO 29, N. 1, ENERO-JUNIO 2021

*Documentos, ensayos, traducciones, comentarios, entrevistas, notas
bibliográficas y reseñas de libros acerca de lo social*



Sección TEMÁTICA: Economías Incluyentes y solidarias

Adriana Gómez Chico Spamer
Paty Montiel y Eduardo Galicia
Alberto Irezabal Vilaclara
Hazel Asis Torres Ayala

FORO SOCIAL: Adriana Gómez Chico Spamer

Fraternidad y Mercado, ejes de la economía de comunión
Oswaldo Gallo Serratos
El pensamiento ecológico de San Francisco de Asís
Elena Cruz Gutiérrez
La economía de Francisco. Lectura de la Revista Signo de los Tiempos

MISCELÁNEA: - Reseñas

Desafíos de la Economía Solidaria y Comunitaria
Full employment and social justice
“Pies para que te tengo”

LA CUESTIÓN SOCIAL

**Documentos, ensayos, traducciones,
comentarios, entrevistas, notas bibliográficas
y reseñas acerca de lo social**

Directorio

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente Honorario Vitalicio *in memoriam*: † Emmo. Sr. Cardenal Roger Etchegaray

Presidente Honorario Vitalicio *in memoriam*: † Lorenzo Servitje Sendra

Presidente Honorario Vitalicio *in memoriam*: † Salvador Domínguez Reynoso

PRESIDENTE

Constantino de Llano Marhx

VICEPRESIDENTES

Javier Ballesteros de León

Maria del Pilar Mariscal Servitje

TESORERO

Jesús Antonio Damián Basurto

SECRETARIO

Ma. de la Paz Sáenz de Soberón

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Wanda Rodríguez Mangual

EDITOR EN JEFE

Gerardo Cruz González

JUNTA EDITORIAL

Alejandro Aguilar Nava, Daniel Cuéllar Jasso, Verónica Morales Gutiérrez,
Saúl Pérez Herrera

DISEÑO

Minerva Lizeth Mondragón Garduño

CORRECCIÓN DE ESTILO

Eva González Pérez

La Cuestión Social, es una publicación semestral editada y publicada por la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C., a través del **Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana**, con dirección en Pedro Luis Ogazón n. 56, Col. Guadalupe Inn, CP 01020, México, DF, Tels. 56614465, 56614169.

E-mail: contacto@imdosoc.org www.imdosoc.org

Registro de correspondencia de 2a. Clase expedido en la Dirección General de Correos Publicación Periódica. Registro No. 129-93. Certificado de Licitud de Contenido (pendiente). Certificado de Licitud de Título (pendiente). No. de Reserva al Título del Derecho de Autor 04-2019-100914003900-102. Registro ISSN en trámite. Distribución directa en el IMDOSOC.

Los artículos publicados reflejan el punto de vista del autor
y no necesariamente el de la Asociación Mexicana de
Promoción y Cultura Social, A. C.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los
contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización
de la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C.

Esta edición de La Cuestión Social consta de 700 ejemplares
y se imprimió en MG Advanced Prepress Technology, S.A. de C.V.
Canal Leningrado Mz. 34 Lt. 12, Col. Insurgentes, 09750,
Ciudad de México, Tel: 5690 0463, impvarel@hotmail.com

No se devuelven originales no solicitados.

Distribución y suscripciones: Martha Salinas Martínez
martha.crm@imdosoc.org

Precio del ejemplar: \$ 120.⁰⁰
Suscripción anual: \$ 220.⁰⁰

El pensamiento ecológico de San Francisco de Asís

**Oswaldo Gallo Serratos*

Resumen

Tomando como base la personalidad de san Francisco de Asís, el siguiente ensayo resalta el carácter ecológico de su espiritualidad. Para ello, en la primera parte aludo a su visión poética de la creación —el punto de partida es la perspectiva que de san Francisco tienen literatos clásicos— y en la segunda subrayo el potencial semiótico de su “Cántico de las creaturas”, prototipo de ecoteología para nuestro tiempo.

Palabras clave

San Francisco, espiritualidad, ecología, ecoteología, Cántico de las creaturas

Abstract

Taking into consideration St. Francis of Assisi's personality, the following essay intends to highlight the ecological facet of his spirituality. To this effect, in the first part I allude to his poetic vision of Creation—being what many classical writers think of him the baseline—while in the second one I underline the semiotic potential of his “Cantic of the Sun”, an eco-theological prototype for our age.

Keywords

Saint Francis, spirituality, ecology, eco-theology, Cantic of the Sun

En uno de los pasajes más entrañables que dirigiera a su amante desde la prisión de Reading, Oscar Wilde identifica la naturaleza de Cristo con el temperamento del poeta en términos de su capacidad imaginativa:

Gracias a su imaginación tan amplia y maravillosa que nos sobrecoge de temor reverencial, transformó el mundo de lo inarticulado, el mundo sin voz del dolor, en su reino y se convirtió en su intérprete eterno. Escogió como sus hermanos a aquellos que [...] están mudos bajo la opresión y cuyo silencio sólo es escuchado por Dios. Quiso ser la vista del ciego, el oído del sordo, el grito en los labios de quienes tienen atadas las lenguas. Su deseo fue ser, para las miríadas de hombres que no habrán encontrado el habla, la trompeta con la cual pudieran llamar al cielo. Tuvo la naturaleza artística de

alguien para quien el sufrimiento y el dolor eran medios de realizar su concepción de lo bello.¹

La cita *in extensu* da cuenta de una cualidad narrativa del *De profundis*: lo mismo que el salmo cuyas primeras palabras la intitulan, la carta de Wilde comienza como un lamento en las profundidades del abismo y se desplaza lentamente, por obra de fuerzas que por entero lo sobrepasan a uno, hacia una superficie más agradable. El efecto se aprecia tanto si se considera la carta en general —recuérdese el título original: *Epistola in carcere et in vinculis*— como si se toma un párrafo cualquiera de manera aleatoria. La intensidad de la prosa *in crescendo* transmuta estilo por contenido. *De profundis*, por ésta y tantas otras razones, merece ser considerada parte de la antiquísima tradición cristiana de la literatura mística.

Hacia la mitad de la carta, Wilde, siempre reacio a reconocer el genio de otros poetas —con la excepción de Verlaine, a quien llamó “el único poeta cristiano después de Dante”—, señala el extraño caso de san Francisco de Asís, “el único cristiano después de Cristo” a quien “Dios le concedió el alma de poeta y él mismo en su juventud se

desposó en místicas nupcias con la pobreza. Y con el alma de poeta y cuerpo de mendigo no halló difícil el camino de la perfección. Entendió a Cristo y se volvió su semejante. No necesitamos el *Liber conformitatum* para aprender que la vida de san Francisco fue la auténtica *imitatio Christi*, fue un poema ante el cual el libro de Kempis es simplemente prosa”².

Otro escritor británico, en su biografía de san Francisco, identifica también su personalidad y su genio con el de un poeta, con la salvedad de que “un santo y un poeta, ante la misma flor, parecieran decir una misma cosa; pero, ciertamente, aun cuando ambos digan la verdad, estarán diciendo verdades distintas. Para el uno la alegría de la vida es causa de fe; para el otro es más bien su consecuencia”³. Tanto para Chesterton como para Wilde, la vida de san Francisco ha de leerse en clave poética porque su pensamiento funcionaba en primer lugar de esa manera: yendo de lo particular a lo universal. Sus dotes poéticas alcanzan uno de sus momentos extáticos al desposarse con la Pobreza, tal como

1 Traducción de José Emilio Pacheco.

2 Oscar Wilde, *De profundis*, trad. de José Emilio Pacheco (Barcelona: Muchnik, 1975), 147-148.

3 G. K. Chesterton, *San Francisco de Asís*, trad. de M. Manent (Barcelona: Juventud, 1985), 96.

lo refiere magistralmente la condesa de Pardo Bazán:

Divorciado ya para siempre de este mundo, corrió Francisco, como ave que ve rotos los hierros de la jaula, a comunicar con las amadas soledades la libertad de su espíritu. Errante vagó por bosques y montañas, cantando en aquella lengua francesa, que era para él idioma de la poesía, los loores de su nuevo celeste Padre: y como entre las breñas le detuviesen algunos salteadores preguntándole su nombre, contestóles con convicción: —“Soy el heraldo de un gran Rey”. —“Quédate ahí, impostor y ridículo heraldo” replicaron ellos con burla, desnudándole, apaleándole y arrojándole a un hoyo abierto en la nieve. Francisco siguió cantando y vagando por las selvas...⁴

La vida de san Francisco no es otra cosa que una distensión creativa del ámbito de lo natural a lo sobrenatural: de la percepción completa de una cosmovisión a la vivencia espiritual de la fraternidad. “El punto central del pensamiento de san Francisco radica en que, según él, el secreto de recorrer los placeres naturales se encuentra en considerarlos a la luz de un placer sobrenatural”⁵. Encontramos, así, en la doctrina fran-

ciscana una potencia semiótica de la cual el “Cántico de las creaturas” constituye arquetipo teórico y pauta de acción.

Numerosos pasajes en las biografías de san Francisco dan cuenta de la actitud heterodoxa respecto a la naturaleza que sostuvo, como su famosa predicación a las golondrinas, immortalizada en uno de los frescos de Giotto:

Un día llegó a una aldea llamada Alviano a predicar la palabra de Dios; subiéndose a un lugar elevado para que todos le pudiesen ver, pidió que guardasen silencio. Estando todos callados y en actitud reverente, muchísimas golondrinas que hacían sus nidos en aquellos parajes chirriaban y alborotaban no poco. Y era tal el garlido de las aves, que el bienaventurado Francisco no lograba hacerse oír del pueblo; dirigióse a ellas y les dijo: “Hermanas mías golondrinas: ha llegado la hora de que hable yo; vosotras ya habéis hablado lo suficiente hasta ahora. Oíd la palabra de Dios y guardad silencio y estad quietecitas mientras predico la palabra de Dios”. Y las golondrinas, ante el estupor y admiración de los asistentes, al momento enmudecieron y no se movieron de aquel lugar hasta que terminó la predicación. Contemplando semejante espectáculo, la gente, maravillada, se decía: “Verdaderamente este hombre es un santo y amigo del Altísimo”. Y con toda devoción se apresura-

4 Emilia Pardo Bazán, *San Francisco de Asís* (Madrid: Librería de Miguel Olamendi, 1903), 147.

5 Chesterton, 91.

ban a tocarle siquiera el vestido, loando y bendiciendo al Señor.

En verdad, cosa admirable: las mismas criaturas irracionales percibían el afecto y barruntaban el dulcísimo amor que sentía por ellas.⁶

Otros episodios mencionan la afección de san Francisco por las aves, las bestias y los peces: “Si le era posible, devolvía al agua, vivos, [a los] que habían sido capturados, advirtiéndoles que tuvieran cuidado de no dejarse coger otra vez”⁷. Cuando falleció, cuenta la leyenda, las primeras en llorar su muerte fueron docenas de aves que, en parvada, ascendían al cielo dibujando espirales como si encaминaran así el alma de quien otra vez les predicara.

Por actitud heterodoxa me refiero a la posición horizontal en que se situó el mismo Francisco respecto de la naturaleza. Tal relación tiene implicaciones semióticas poderosas. A sí mismo y a sus primeros seguidores, Francisco se refiere como “los juglares de Dios” (*jongleurs de Dieu*). El epíteto sugiere, en palabras de Chesterton, que san Francisco se asumía como una figura secundaria para la sociedad, pues “quiso significar lo que realmente decía cuando dijo

haber hallado el secreto de la vida en ser el siervo [...]. Debía de hallarse, en resumidas cuentas, en tal servidumbre, una libertad rayana casi en la exageración”⁸. Por otra parte, el juglar no deja de ser un artista y, como tal, la percepción que tiene del mundo natural es casi directa, sin mediar estructuras ni convenciones que lo opaquen —como ocurre, por ejemplo, con el científico o el filósofo—. San Francisco es un artista, es el poeta de la creación: alguien capaz de cantar sus maravillas y de reconocer en ellas el rostro oculto de Dios. A sus dotes poéticas debemos el cántico más famoso que nos legó el Medioevo:

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria
y el honor y toda bendición.

A ti solo, Altísimo, corresponden,
y ningún hombre es digno de hacer
de ti mención.

Loado seas, mi Señor, con todas
tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
el cual es día, y por el cual nos
alumbras.

Y él es bello y radiante con gran
esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.

6 1 Cel, 59.

7 Ib., 61.

8 Chesterton, 89.

Loado seas, mi Señor, por la her-
mana luna y las estrellas,
en el cielo las has formado lumi-
nosas y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el her-
mano viento,
y por el aire y el nublado y el sere-
no y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das
sustento.

Loado seas, mi Señor, por la her-
mana agua,
la cual es muy útil y humilde y
preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor, por el her-
mano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y él es bello y alegre y robusto y
fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra
hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos con
coloridas flores y hierba.

Loado seas, mi Señor, por aque-
llos que perdonan por tu amor,
y soportan enfermedad y tribula-
ción.

Bienaventurados aquellos que las
soporten en paz,
porque por ti, Altísimo, corona-
dos serán.

Loado seas, mi Señor, por nuestra
hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre vivien-
te puede escapar.

¡Ay de aquellos que mueran en
pecado mortal!:

bienaventurados aquellos a
quienes encuentre en tu santísi-
ma voluntad,

porque la muerte segunda no les
hará mal.

Load y bendecid a mi Señor,
y dadle gracias y servidle con
gran humildad.⁹

La tradición sugiere que el Cán-
tico fue compuesto casi en su
totalidad en la primavera de 1225,
mientras san Francisco era aten-
dido de sus dolencias en el con-
vento de santa Clara, y que al año
siguiente, semanas antes de su
muerte, compuso las estrofas fina-
les en alusión a “nuestra hermana
la muerte corporal”. Sin embar-
go, aun cuando la datación men-
cionada se apoya en que Celano,
en la primera parte de su *Vida de
san Francisco*, hace referencia al
“Cántico de las creaturas”, la ver-
dad es que las referencias usual-
mente citadas son vagas y no

⁹ Francisco de Asís, *Cántico del sol*. To-
das las referencias a los escritos de
san Francisco y a sus biografías están
tomadas de la versión en línea ([www.
franciscanos.org](http://www.franciscanos.org)).

permiten concluir con certeza que el Cántico fuese compuesto ni en la época señalada, ni en su totalidad por san Francisco. Las dudas sobre su autoría, con todo, no contravienen el hecho de que puede tratarse de fragmentos hilados a partir de alabanzas del propio Francisco o, incluso, de haber compuesto él un cántico similar cuya forma alterada nos llegó.

Dos son los pasajes relevantes que me gustaría resaltar del Cántico: aquél en que alude al Sol y el que menciona a “nuestra hermana la madre Tierra”. Sobre el primero, Francisco lo alaba no por lo que significa en sí mismo, sino porque el Señor “nos alumbrá” por medio de él y, más aún, porque es un signo de Dios: “De ti, Altísimo, tiene significación” (*de te, Altissimo, porta significatione*, se lee en el umbro original). Este último término no era de uso común en la época, y menos en el contexto en que vivió el Pobre de Asís —es posible que tal verso haya sido añadido por algún fraile familiarizado con la escolástica o, por lo menos, con la obra de san Agustín, quien define al signo como “algo que está en el lugar de otra cosa”—. La identificación del Sol con Cristo tiene al mismo tiempo un significado bíblico (“el Sol que nace de lo alto” de Lc I, 78) e histórico (los cristianos hicieron coincidir la celebra-

ción del nacimiento del Señor con el solsticio de invierno). Aprovechando tal marco referencial, las habilidades homiléticas de san Francisco le permitieron predicar, de una manera sencilla y directa, a los pobres de este mundo, quienes no sólo escuchaban su mensaje, sino que, quizá por primera vez, entendían el del Evangelio.

La cosmovisión de san Francisco está arraigada en la presupuesto medieval de la creación como dádiva divina. Cualquier manifestación natural, sea bajo la forma de una entidad concreta, sea bajo la fuerza de un desastre natural, muestra sólo el aspecto fenoménico de la naturaleza divina, siempre dinámica, creadora, vivificante. Uno de los principios de la patrística, sentado en la Espístola 101 de san Gregorio Nacianceno, advierte que “lo que no se asume, no puede sanarse”¹⁰. Así Cristo, al haber asumido la naturaleza humana y, con ella, el ámbito de lo material, por Su sangre derramada en la cruz lo ha sanado tanto en este mundo como en el futuro —que no es sino la continuación perfeccionada del que nos atañe ahora—. Francisco advirtió el movimiento único de la encarnación

10 Una versión muy libre del pasaje, y la más extendida también, traduce τὸ γὰρ ἀπρόσληπτον, ἀθεράπευτον como “lo que no se asume, no se redime”.

a la redención, y percibió también que todo lo creado no debía ser concebido como intrínsecamente pecaminoso y corrupto; al contrario, su sensibilidad de hijo le permitió reconocer a otros hijos en otras condiciones:

¿Quién podrá expresar aquel extraordinario afecto que le arrastraba en todo lo que es de Dios? —escribía Celano— ¿Quién será capaz de narrar de cuánta dulzura gozaba [Francisco] al contemplar en las criaturas la sabiduría del Creador, su poder y su bondad? En verdad, esta consideración le llenaba muchísimas veces de admirable e inefable gozo viendo el sol, mirando la luna y contemplando las estrellas y el firmamento. ¡Oh piedad simple! ¡Oh simplicísima piedad!¹¹

No es casualidad que las escuelas filosóficas franciscanas —sobre todo la oxoniense, representada paradigmáticamente por Roger Bacon y Guillermo de Occam— hayan concedido tanta importancia al carácter sónico de las entidades particulares logrando así una serie de suposiciones metafísicas que habrían de dar cuerpo al nominalismo. Nótese, por ejemplo, la influencia de esta primitiva semiótica en la novela medieval de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, en la que Fr. Guillermo de

Baskerville aprovecha la resolución del primer misterio que se le ofrece recién llegado a la abadía benedictina para dar una lección a su pupilo: “Cuando no poseemos las cosas, usamos signos y signos de signos”.¹²

Así san Francisco, incapaz de aprehender los misterios de la naturaleza —ora por la incapacidad propia de la racionalidad humana, ora por su resistencia a someterse como fraile a una formación académica—, prefirió adentrarse en ellos, y por medio de ellos al misterio de lo divino, mediante la vía de la fraternidad universal. Una auténtica sexta vía para llegar a la existencia misma de Dios. Los reinos animal, vegetal y mineral, los fenómenos naturales y aun los astros, todo se convierte en un hermano para Francisco, y es precisamente el reconocimiento de tal hermandad que lo sitúa no en el lugar superior respecto de la creación que supone nuestra civilización, sino en una relación horizontal —para usar un lenguaje más apropiado, diríamos simbiótica— con ella.

Lo anterior nos permite reconocer en san Francisco a un pionero de las éticas no antropocéntricas.

12 Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, trad. de Ricardo Pochtar (México: Lumen, 2016) 43.

11 1 Cel, 80.

No estuvo interesado en elaborar una doctrina filosófica al respecto; su pensamiento es una consecuencia teológica del dogma de la encarnación. La deducción es evidente: contraria a los presupuestos gnósticos, la fe cristiana concibe la encarnación del Señor no como un recurso retórico ni como una simple manifestación material de Su divinidad; bien al contrario, se trata de una auténtica revolución en el pensamiento religioso de Occidente: presenta a un Dios que asume la corporalidad y la espiritualidad humanas. La encarnación, así, se encuentra atravesada radicalmente por una narrativa que reivindica el ámbito de lo material frente a las pretensiones de la metafísica platónica y neoplatónica de subordinarlo a un dualismo incompatible con la corporalidad del Dios hecho Hombre. Dicho sea de paso, la dualidad platónica es parte de un discurso que históricamente ha sido una constante entre los creyentes cristianos, a pesar de su carácter herético. Piénsese, por ejemplo, en ciertas prácticas ascéticas como la mortificación corporal basadas en una supuesta superioridad de lo espiritual sobre lo material¹³.

13 Pudiera objetarse que tal dualidad se halla en el mismo Evangelio: “No teman a los que matan el cuerpo, sino a los que pueden matar el alma” (Mt X, 28), pero las *ipsissima verba Iesu*, en el mismo ver-

El mismo Francisco, aun cuando reivindica teológicamente la creación y se resiste a reconocer la superioridad del ser humano respecto de ella, no está exento de ser considerado un dualista en lo que respecta a la relación entre lo corporal y lo espiritual. La primacía de esto último es evidente en las *Admoniciones* de san Francisco, una compilación de exhortaciones fraternas de cuya fecha de composición no tenemos noticia:

Hay muchos que, cuando pecan o reciben una injuria, con frecuencia acusan al enemigo o al prójimo. Pero no es así, porque cada uno tiene en su poder al enemigo, es decir, al cuerpo, por medio del cual peca. Por eso, “bienaventurado aquel siervo” (Mt 24,46) que tiene siempre cautivo a tal enemigo entregado en su poder, y se guarda sabiamente de él; porque, mientras haga esto, ningún otro enemigo, visible o invisible, podrá dañarle.¹⁴

sículo, nos dan la pauta para entender el pasaje: “Teman más bien a aquél que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”. No se trata de supeditar el cuerpo al espíritu, sino de reconocer y aceptar en ambos su carácter de don y de oportunidad para el encuentro con lo divino, como he mencionado antes cuando hablaba de la creación; también se trata de dimensionar adecuadamente el lugar que tales ámbitos desempeñan en la vida (entiéndase no solamente en la vida humana, sino en la esfera de todo lo vivo y de todo lo que interactúa con ello).

14 Francisco de Asís, *Admoniciones A, X*.

La mortificación corporal fue una práctica común en la vida de san Francisco. En la *Vida segunda* de Celano nos encontramos con que “[E]l santísimo padre sometía su cuerpo —de veras inocente— a azotes y privaciones y multiplicaba sobre él los castigos sin motivo”¹⁵. Tal fue la disciplina a la que sometió su cuerpo que, después de la estigmatización en Alvernia, el mismo Celano subraya el estado de salud precario en que se encontraba san Francisco:

Por este mismo tiempo comenzó su cuerpo a sentirse atacado de varias dolencias, y con más vehemencia que de ordinario hasta entonces. Ciertamente, sus enfermedades eran frecuentes, comoquiera que había castigado tanto a su cuerpo y lo había reducido a servidumbre hacía tantos años. A lo largo de dieciocho años ya cumplidos, rara vez, por no decir nunca, había dado descanso a su carne, recorriendo varias y muy dilatadas regiones con el fin de que aquel espíritu devoto, aquel espíritu ferviente que la habitaba, esparciera por doquier la semilla de la palabra de Dios. Difundía el Evangelio por toda la tierra; muchas veces en un solo día recorría cuatro o cinco castillos y aun pueblos, anunciando a todos el reino de Dios y edificando a los oyentes no menos con su ejemplo que con su palabra, pues había convertido en lengua todo su cuerpo.

15 Cel 2, 124.

Tal era la concordia entre carne y espíritu, tanta la obediencia, que, cuando el espíritu se esforzaba por alcanzar la santidad, la carne no sólo no oponía resistencia, sino que se empeñaba en adelantarse, según lo que está escrito: “*Sedienta está mi alma; mi alma languidece en pos de ti*” (Sal 62,2). El esfuerzo permanente de sumisión había hecho que la sujeción le resultara espontánea y a través de una docilidad continua había alcanzado el señorio de la virtud; es de saber que los hábitos engendran muchas veces naturaleza¹⁶.

Independientemente de la jerarquía dualista que estableció Francisco entre el ámbito de lo corporal y lo espiritual, su visión de la creación ofrece una clave ecológica para reivindicarla como un espacio idóneo para alcanzar el conocimiento de Dios.¹⁷ Por ejem-

16 Cel 1, 97.

17 Hasta ahora he señalado la que me parece la más grande contradicción del pensamiento franciscano: la de reivindicar el mundo material como don divino y posibilidad de la experiencia religiosa, y al mismo tiempo proponer una relación de sumisión de lo espiritual sobre lo corporal. Aun cuando se considerase que por “carne” o “materia” san Francisco se refiere a cierto apetito concupiscible que el cristiano habría de evitar —conviene aquí usar la terminología tomista—, la mera insinuación de una correspondencia entre lo concupiscible y lo material choca frontalmente con la señalada reivindicación de la creación, al ser ésta material. No

plo, podemos identificar en ciertas prácticas una primitiva noción de sustentabilidad: “Al hermano encargado de preparar la leña para la lumbre le decía que nunca cortase el árbol entero, sino que dejara algunas ramas íntegras, por amor del que quiso salvarnos en el árbol de la cruz”.¹⁸

Los pasajes anteriores traslucen una de los ideas medulares de la ecoteología de san Francisco: privilegiar a una creatura sobre otra, ya sea por su clase social (en el caso de las personas) o por su especie (en el caso de las plantas o de los animales), contradice el principio del amor de Dios por todas sus creaturas. La simbología de los huertos franciscanos es muy clara: nada se considerada maleza, todas las plantas crecen y se cuidan por igual, trato que cualquier especie habría de recibir allende los límites del jardín. Más aún, las indicaciones de san Francisco para el hermano horticultor son muy claras: el jardín no debía estar cercado, sino abierto para cualquiera que quisiera admirarlo o benefi-

pretendo, sin embargo, al señalar tal contradicción, restar valor a la tradición ecológica que san Francisco introdujo en la teología cristiana; es comprensible dada la precocidad de su planteamiento y la ausencia de un marco conceptual ecoteológico desarrollado.

18 San Francisco de Asís, *Espejo de perfección*, 118.

ciarse de él¹⁹. El gesto no sólo contradice la tradición horticultora de los jardines monacales medievales: se trata de una afrenta a la privatización de la propiedad, una práctica contraria al espíritu fraterno del franciscanismo.

Resalté dos pasajes del Cántico: uno, en el que hablaba del Sol, y otro más que alaba al Señor “por nuestra hermana la madre Tierra” (*Laudato si, mi Signore, per sora nostra matre terra, / la quale ne sustenta et governa*, reza en umbro). Se trata de la única creatura que lleva el título de “madre” además del de “hermana”, y no debe, por tanto, pasar desapercibido. Para la sensibilidad de varios pueblos de América, África y Oceanía, pero también de la Europa medieval, a juzgar por el verso franciscano, la Tierra es madre porque engendra y cuida de sus hijos, en el sentido de que les provee de lo necesario para vivir. Tal sensibilidad, sin embargo, es considerada sinónimo de panteísmo e idolatría por algunos creyentes incapaces de concebir su fe más allá del siglo XIX: piénsese, por ejemplo, en el terrible acto de vandalismo, motivado por una ideología racista, que supuso, durante el

19 Véase: Lisa J. Kiser, “The Garden of St. Francis: Plants, Landscape, and Economy in Thirteenth-Century Italy”, *Environmental History* 8 (2), 2003: 236.

Sínodo del Amazonas, haber arrojado al Tíber una estatua de la Madre Tierra.

El Cántico invita a una mística ecológica, a una “alianza de intimidad”, según Leonardo Boff, en el sentido “[d]el encuentro inefable con el misterio del mundo, que [...] invita al silencio reverente, a la meditación y a la contemplación. Sólo el hombre-espiritual puede extasiarse, percibir el Todo en la parte y darse cuenta de que la parte es tan sólo parte de un Todo”²⁰. La intimidad de san Francisco con el Todo presente en la naturaleza es una de las características más elocuentes de su religiosidad; Gabriela Mistral la retrata de cuerpo completo en uno de sus textos más conmovedores:

Francisco, yo suelo encontrarte acurrucadito en un matorral de salvia... unos ojitos ardientes brillan en el fondo y las ramas altas de mueves por el escondido. [...] Y cuando la laguna se riza sin viento, ¿no vas tú pasando con tu sayal largo sobre ella? Las embarcaciones en la orilla se juntan, chocándose como si se lo contarán.

Y los musgos, Francisco, tú los cuajas tocando con tu pecho las piedras. Los troncos se ponen tiernos, y crían esa lana verde y ceñida, donde duerme el rocío. [...]

Yo creería de buena gana que tú existes desde el comienzo de la tierra, Francisco, y que has hecho los cristales, los dientecitos del granizo y las pintaduras del lirio atigrado.²¹

Una de las ventajas del pensamiento de san Francisco es su carácter pontifical: la aceptación de una fraternidad universal facilita la construcción de puentes entre ámbitos y tradiciones aparentemente inconexos —comenzando por el mismo culto a san Francisco, reconocido por la Iglesia romana, la anglicana y la luterana, pero también, en cierta medida, por algunas escuelas de pensamiento orientales e islámicas—. En el ámbito científico desde hace algunas décadas se propuso la hipótesis Gaia, esto es, la idea de que el mundo no es simplemente el espacio topológico donde ocurre la vida, sino un organismo —i. e., vivo, dinámico— capaz de autorregularse y sujeto de derechos. Nuestra relación con Gaia, sea efectivamente un organismo o un discurso narrativo que nos vincula de una manera más fuerte con la Tierra,²² nos

²⁰ Leonardo Boff, *La sostenibilidad* (Sal Terrae: Santander, 2003), 182.

²¹ Gabriela Mistral, *Motivos de san Francisco* (Editorial del Pacífico: Santiago de Chile, 1965), 82.

²² Ésta es la lectura de Glenn Albrecht, pionero en los estudios de filosofía ambiental, para quien Gaia funciona como un principio moral de interconexión simbiótica, es decir, como una manera más conveniente de abordar desde la ética

permitiría acercarnos a ella desde una multiplicidad de tradiciones.²³

El pensamiento ecológico de san Francisco es una de ellas, y a mi juicio, una de las mejores: involucrarse en la defensa del medio ambiente resulta más fácil cuando se le concibe bajo una perspectiva mística —no necesariamente religiosa—. Abordar nuestras relaciones con la Tierra exclusivamente desde una lente científica nos impide reconocer en ellas los factores culturales, emocionales, religiosos y personales que nos vinculan con ella. Una experiencia mística de la naturaleza, entendida como apertura psicoafectiva a la creación en tanto que es dádiva y espacio en el cual se desarrolla la vida (y no sólo los procesos biológicos) se convierte en la condición necesaria para cambiar el modo de explotación que prima nuestra relación con ella desde hace siglos. Conviene volver la vista a aquel pionero del biocentrismo, el Pobre de Asís, y seguir las huellas de sangre que dejó su paso por los bosques en que se enamoró del Creador.

nuestra relación de responsabilidad no sólo con los seres vivos, sino con todo el planeta. Véase: Glenn Albrecht, *Earth Emotions* (Nueva York: Cornell University Press, 2019).

23 Cfr. Patricia Spallone, "The Gaia Effect", en Mary Midgley (ed.). *Earthly Realism. The Meaning of Gaia* (Charlottesville: Societas, 2007), 61-67.

Bibliografía

- Albrecht, Glenn. *Earth Emotions*. Nueva York: Cornell University Press, 2019.
- Asís, Francisco de. *Escritos completos*. En: www.franciscanos.org (consultado el 13 de octubre de 2020).
- Boff, Leonardo. *La sostenibilidad*. Sal Terrae: Santander, 2003.
- Celano, Tomás de. *Vita prima* (Cel 1). En: www.franciscanos.org (consultado el 13 de octubre de 2020).
- Chesterton, G. K. *San Francisco de Asís*, trad. de M. Manent. Barcelona: Juventud, 1985.
- Eco, Umberto. *El nombre de la rosa*, trad. de Ricardo Pochtar. México: Lumen, 2016.
- Kiser, Lisa. "The Garden of St. Francis: Plants, Landscape, and Economy in Thirteenth-Century Italy", *Environmental History* 8 (2), 2003: 229-245.
- Mistral, Gabriela. *Motivos de san Francisco*. Editorial del Pacífico: Santiago de Chile, 1965.
- Pardo Bazán, Emilia. *San Francisco de Asís*. Madrid: Librería de Miguel Olamendi, 1903.
- Spallone, Patricia. "The Gaia Effect", en MIDGLEY, Mary (ed.). *Earthly Realism. The Meaning of Gaia*. Charlottesville: Societas, 2007: 61-67.
- Wilde, Oscar. *De profundis*, trad. de José Emilio Pacheco. Barcelona: Muchnik, 1975.

*Filósofo y ensayista. Profesor de Filosofía contemporánea y Ética ambiental en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Se especializa en la epistemología de John Henry Newman. Sus líneas de investigación abarcan la filosofía de la cultura y la ética ambiental. Es autor de dos capítulos de libros, artículos y reseñas en *Tópicos*, *Newman Studies Journal*, *Nexos* y la *Revista de la Universidad*, entre otros.